NOTA DEL PROFESOR JORGE SANS VILA

El profesor Jorge Sans Vila compartió muchos años de docencia con don Claudio. A él se le pidió una pequeña aportación para este número y como respuesta —muy suya— mandó la siguiente nota de Boros.

"El hombre que ha llegado a la vejez se encuentra según el testimonio de la Biblia, en una relación más esencial con lo divino que todos los demás hombres. Por esto es para nosotros un signo especial de esperanza. Bastan unas horas o unos días para caer prendido en su fascinación. No es porque él nos hable de cosas importantes, sino porque transforma las cosas que están a su alrededor con su madurez y su tranquila presencia.

Esta fuerza especial del anciano proviene de que él ya no tiene *ningún temor* (o no debería tenerlo). Ha llegado al borde de la plena realización y del éxito. En lo esencial ya no puede ir más lejos ni puede perder lo que ha conseguido. De este modo puede experimentar y apurar plenamente lo que verdaderamente importa en la vida. También puede fácilmente conceder su perdón a los hombres y a la existencia entera. Ya no pretende imponerse. Su vida ya no está determinada por la dinámica de la lucha y de la victoria. Más bien consiste en la fuerza de la existencia paciente, de la existencia iluminada, en la fuerza de la serenidad y de la transparencia interior. En él actúan las fuerzas de la dulzura y de la benevolencia que nos afectan con un poder irresistible. Ante nosotros se encuentra un hombre que nos juzga con benignidad, que piensa bien de la vida con todos sus fenómenos, incluso de las insensateces de nuestro mundo. Nadie puede sustraerse a esta forma de juzgar con tan llana benignidad.

Jacques Lusseyran cuenta en su relato 'El mundo comienza hoy' cómo conoció a diversas personas en el campo de concentración de Buchenwald, que le ayudaron mucho en su desesperación y angustia. Con especial ternura narra su encuentro con un anciano llamado Jérémie Regard. Jérémie era un auténtico anciano, *un viejo de*

Universidad Pontificia de Salamanca

espíritu alegre. Falleció pocas semanas después de la llegada de Lusseyran al campo de concentración, pero en tan poco tiempo le produjo una impresión inolvidable. Hablaba muy poco. Andaba por las barracas del campo con su paso tranquilo y transformaba toda la situación con su serena presencia. Tampoco él intentaba dar algún sentido a los horribles sucesos que allí se vivían ni dar ánimo inútilmente a los demás para seguir adelante. El estaba simplemente allí, tranquilo y alegre. Esto bastaba para poner en movimiento todas las cosas y obsequiar interiormente a todos.

Cuando le veíamos venir hacia nosotros, con su terrible serenidad y alegría, queríamos gritarle: '¡Abre bien tus ojos! Todo lo que aquí se ve va a arder'. Pero el grito se nos quedaba en la garganta, porque él dirigía manifiestamente su mirada imperturbable sobre nuestra miseria sin pestañear un solo instante. Aún más: no tenía el aspecto de un hombre que tiene autoridad y domina la situación. No tenía aire de héroe. Simplemente no tenía miedo, con la misma naturalidad que lo teníamos nosotros.

Jérémie veía las cosas tal como eran. Veía la tragedia reflejada en el rostro de los hombres. Veía cómo en un momento todo se convertía en humo en el crematorio. Veía las disensiones de los prisioneros que, en aquella atmósfera espantosa de terror, llegaban poco a poco a odiarse. Veía cómo los hombres enloquecían. Veía a los traidores. Él lo veía todo perfectamente. Pero su mirada iba más allá de todas estas cosas y se dirigía hacia algo evidente y luminoso, sin molestar nunca a nadie con la intensidad de su visión. No era un hombre patético. Sus escuetas palabras y sus gestos no tenían una unción especial. No era ningún profeta. Era simplemente un hombre bueno. Su existencia era ya un regalo.

Era el perdón para nosotros que nos encontrábamos a dos pasos del infierno. Significaba para nosotros una nueva posibilidad de ser, una gran felicidad y una inmensa riqueza.

El acto vital de este anciano era la *lucidez*. A través de su existencia aparecía un absoluto en toda su claridad resplandeciente.

Había llegado en sí mismo al fondo más profundo y franqueado lo esencial, lo que no depende de ninguna circunstancia exterior, sino que siempre y en todas partes está presente, tanto en el dolor como en la alegría. Él había descubierto la fuente de la vida.

La felicidad que simple y llanamente traía en sí mismo no le pertenecía a él únicamente. La daba generosamente a todos los que encontraba. El misterio de su ser era algo distinto a su personalidad aparente y provisional. Era el misterio de arrobamiento, el secreto de la esperanza esencial. El encuentro con esta clase de hombres es la experiencia de una madura e inquebrantable esperanza.

Universidad Pontificia de Salamanca

Nota del Profesor Sans Vila

Es una gran desgracia para la humanidad el hecho de que hoy día existan muchos viejos, pero que haya muy pocos que sean como éste que acabamos de describir. Roland Knox, en su edad avanzada, se quejaba de esta tragedia de nuestro tiempo y escribía con amargura:

Esperamos de ellos serenidad y paz, y en cambio vemos con asombro que son nerviosos y pedantes, un lastre constante para los parientes que les cuidan con paciencia. En vez de resignarse, en vez de distanciarse paulatinamente, quieren conservar su dominio a toda costa y tener un público incondicional que oiga las historias y anécdotas de su juventud. En vez de juzgar con indulgencia las personas y las cosas —cosa que se podría esperar de la experiencia de su larga vida—, están repletos de inveterados prejuicios y critican todo lo que no pueden soportar. Son extremadamente sensibles y angustiosamente preocupados por conservar sus privilegios. Uno pensaría más bien que todas estas fruslerías ya no deberían importarles. Ponderan en exceso las cosas que han realizado en el pasado, cuando la proximidad del juicio debería humillarles. Disfrutan ávidamente de las pocas cosas alegres que les quedan, cuando propiamente deberían prescindir de los placeres de la tierra.

Si alguna vez nos encontramos con un anciano auténtico que con su llana benignidad ilumina nuestra vida de esperanza, debemos agradecerle su don. Estos pocos ancianos que quedan todavía deben ser honrados especialmente como *testigos de la esperanza"*.

L. BOROS, *Somos futuro*. Sígueme, Salamanca 1972, 64-67.

Universidad Pontificia de Salamanca